
2 Viajes

Índice 2.1 Preparatoria. Aprender a ser emigrante. – 2.2 Desde la ficción. – 2.3 Algunas reflexiones sobre el exilio. – 2.4 Desde la poesía.

2.1 Preparatoria. Aprender a ser emigrante

Puntuaciones

¿Te diste cuenta
que siempre detrás tuyo
va tu viaje?
(Casiraghi 2008, parte 1, 55)

En el año 1913, en Roma, se edita un manual escrito por Arrigo de Zettiry cuyo objetivo explícito fue orientar a los ciudadanos italianos que pretendían emigrar a la Argentina. Su título, *Manuale dello emigrante italiano all'Argentina*, señala sin ambigüedad la identidad de su género textual y su especificidad temática. La versión en castellano, *Manual del emigrante italiano*, utilizada en esta ocasión de análisis, estuvo a cargo de Diego Armus, fue publicado en 1983 -año de la recuperación de la democracia en la Argentina- por la prestigiosa editorial con sede en Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, para su colección *Historia testimonial argentina: documentos vivos de nuestro pasado*.

Enmarcado en un tiempo y un espacio, Roma 1913, el *Manual* es un libro instrumental para dar elementos de supervivencia a quien dejará su patria y enfrentará, literalmente, un nuevo mundo, una nueva vida. Sin embargo, se pueden analizar, además, las líneas y estrategias retóricas, las flexiones, los niveles de lengua, etc. que estructuran el texto a los efectos de profundizar el sentido del mismo, ahondar hipótesis, por ejemplo, sobre las condiciones que hicieron posible tal objeto dirigido al emigrante, un tipo social emergente en Europa desde mediados del siglo XIX y principios del siglo XX. En este sentido, me interesa subrayar que el análisis de los textos, focalizando recursos que son constitutivos de la literatura, lejos de distorsionar el objeto histórico en cuestión, le otorga una nueva perspectiva en sus posibilidades de lectura. En períodos de anomalías políticas, el discurso y la expresión del arte en todo su espectro enfrentan y socaban el discurso oficial de la historia, y nos legan otro testimonio. Los ejemplos son muchos, la literatura argentina desafió la dictadura con textos que, tratando de burlar la censura con disímiles recursos, trataron de mostrar la cara oculta de un discurso teñido de poder y violencia. El *Guernica* (1937) de Pablo Picasso, obra que imprime en su representación el horror del bombardeo a la ciudad vasca homónima, exime de más comentarios al respecto.

El título del *Manual*, denotativo y referencial para el lector al que se lo destina en la edición de 1913, vira su sentido ciento diez años después transformando el texto en una paradoja, o mejor, traducido a su figura retórica, en un *oximoron*. Pues un lector avezado que recorre sus páginas queda desconcertado. Una lectura desplazada en el tiempo y extrañada de su destinatario original deja un sabor amargo para quienes tuvimos antepasados o conocidos emigrados de Italia.

En las primeras décadas del siglo XX ya se había deteriorado en el imaginario de los jóvenes campesinos europeos la utopía de bonanza que acompañaba la posibilidad de un viaje a América. Muchos de ellos, después de emigrar habían regresado a sus tierras con las expectativas truncas; otros quedaban atrapados sin vuelta en un esquema de país inmerso en crisis y en peleas intestinas que especulaba con la fuerza de trabajo de los inmigrantes, despreciaba su cultura y reprimía su potencial ideológico y su capacidad de organización política. Bajo estas circunstancias un importante porcentaje del caudal inmigratorio deja la Argentina para regresar a su lugar de origen. La situación preocupa a la clase política dominante a tal punto que en un artículo publicado en el periódico *La Vanguardia* el 7 de septiembre de 1910 se anuncia una minuta del señor Saavedra Lamas presentada a la Cámara de Diputados en la que se incita a votar a favor de un convenio con Italia que regulara la inmigración, la ciudadanía y el trabajo de los inmigrantes. La intención era revertir la disminución del 50% en la mano de obra de trabajadores italianos. Este convenio pergeñado en el Parlamento argentino podría sin dudas vincu-

larse con el *Manual del emigrante* de 1913 de Zettiry editado por el Comisariato dell'Emigrazione. Tal vínculo, entonces, nos permitiría hipotetizar sobre una lectura que incluya indicios que excedieran la preocupación formal por el bienestar de los inmigrantes, para transformarse en una estrategia de estado o entre estados, pues también deberíamos considerar el estado de las cosas en la Europa de la época. La expansión de técnicas capitalistas, la mayor disponibilidad de mano de obra, la resistencia a la proletarización de importantes sectores de larga tradición campesina trazaba, a grandes rasgos, la encrucijada en la que se debatía la clase trabajadora. El emigrante de carne y hueso se transforma «en un sujeto sobre quien se experimentarían controles y disciplinas, propias de un proceso de aculturación mucho más abarcador y particularmente rico en conflictos, resistencias y sincretismos» (Armus 1983, 11).

Así, un sujeto sobre quien se experimentan controles y disciplinas es, sin eufemismos, un objeto. Y ese desplazamiento de sujeto a objeto se constituye en el elemento disparador del texto del manual en cuestión. Prolijamente ubicado en su género, el *Manual del emigrante* abre su primer capítulo tras tres subtítulos que se presentan escalonados y sucesivos: «Para el que emigra», «Requisitos legales», «El emigrante».

Antes de presentar la definición correspondiente al sustantivo 'emigrante', aparece en el manual una pregunta enunciada en segunda persona: «¿Sabe usted qué es un emigrante?» (21). La irrupción del deíctico que señala al destinatario en las primeras líneas del *Manual* es sorpresiva. Además, la segunda persona en registro formal, junto al pronombre interrogativo 'qué' usado para objetos y el sustantivo 'emigrante' articula una fórmula interrogativa cuya respuesta podría ser una tautología del estilo de 'el emigrante es algo que...'. Así cosificado en esta pregunta, se anima en el párrafo siguiente en una definición protegida por una construcción impersonal: «se llama así a quien deja la Patria para establecerse -con intención de trabajar- en un país extranjero, ya sea definitivamente o por un tiempo indefinido, *viajando en un medio de transporte económico*» (Armus 1983, 21; énfasis añadida). Entonces, en el período comprendido entre la intención de viajar y la concreción del viaje, o mejor entre ser ciudadano italiano en Europa con deseos de viajar en medios de transporte económicos -emigrante- e inmigrante en la Argentina o entre la semiótica del 'quién' y del 'qué' sucede una desnaturalización en el imaginario lingüístico del sujeto.

La siguiente pregunta, formulada inmediatamente después, define este diálogo unidireccional con rasgos personales: «¿Es cierto que Ud. desea instalarse en la República Argentina para trabajar, viajando en tercera clase de la nave? Si es así, usted es casi un emigrante» (21; énfasis añadida). El autor del texto suma a sus saberes sobre definiciones y leyes, el conocimiento de rumores y deseos -«¿Es cierto

que usted desea [...]?»- y a ellos, a los que desean viajar, con displicencia, les imprime la condición insoslayable: el medio de transporte más económico; es decir, por si no hubiera quedado claro, se reitera; es la 'tercera clase' de una nave. Viajar obligatoriamente en tercera clase desestabiliza el concepto de 'deseo' de viajar y enmascara la necesidad de los trabajadores de principios de siglo; la necesidad, es decir el tener o el deber, de cruzar el océano para subsistir, o para no pasar de ser campesino a ser proletariado en su tierra natal. Los condicionamientos a los que debe someterse el 'casi emigrante' van *in crescendo*, pero junto a ellos, para mitigarlos, siempre está el consejo en una afable primera persona del autor muy cercano al ignoto e imaginado destinatario.

En un registro de lengua cotidiana, en franca tensión con el registro autoritario de las interpelaciones, tales como -«¿Qué edad tiene?», ¿«Ha cumplido el servicio militar?» (Armus 1983, 21)- se confrontan con otras preguntas más intimidantes mitigadas con un guiño cómplice, por ej.: «¿Tiene pendiente, tal vez, alguna acción penal a su cargo? ¿Tiene, *quizás*, alguna pena por cumplir?» (22; énfasis añadida).

En cada párrafo queda en evidencia, aunque con sutileza, la diferencia social y cultural entre un emisor experto y un receptor sin voz que ve invadida su esfera privada. El *Manual* se propone como un instrumento insoslayable para acompañar la nueva etapa que emprenderá ese casi viajero de tercera clase, casi emigrante. «Leyendo atentamente este *Manual* no hará las cosas con los pies sino con la cabeza» (Armus 1983, 25). La contundencia con la que el autor sostiene que el posible emigrante no tiene un pensamiento propio válido, ni sentido común innato es sorprendente, máxime si agrega que las cosas en Argentina no le serán muy fáciles.

Relativizando todo sentimiento por pérdida y desarraigo las sugerencias se expanden y superponen. Nada queda librado a la decisión del futuro emigrante. En su devenir, el texto presenta con naturalidad situaciones que, pensadas *a posteriori*, en el presente de los descendientes que hemos amado y admirado a nuestros antepasados inmigrantes, y desde una perspectiva psico-social, son situaciones límites. Reducir pertenencias de vida a una valija, un atadito o un baúl, despedirse de sus afectos, quedar desprotegido en alguna ciudad portuaria, perder o confundir el vapor, desencontrarse con familiares o compañeros de viaje. En este sentido, es esclarecedor el texto de Hebe Clementi, historiadora, de antepasados italianos, quien señala: «Intentando aquí y ahora entender algo del drama inmigratorio que empieza con la salida, pasa por el desarraigo, y alcanza la nueva instalación americana, quien indaga se encuentra un panorama variadísimo, con frecuencia muy dramático y en todo caso conmovedor» (1993, 29).

Si confrontamos al destinatario abstracto del *Manual* con la experiencia individual del migrante, el recuerdo que Vanni Blengino apor-

ta es de interés. Este escritor recorre su experiencia como emigrante-inmigrante en un singular auto-reportaje; recuerda su bienestar en Torino, el promisorio comercio familiar del tejido, una estafa, la bancarrota y la decisión de emigrar.

Eran años oscuros para Italia y la decisión de emigrar afectaba también a pequeños burgueses, obreros especializados e incluso a pequeños industriales. El gobierno y los diarios oficiales eran los primeros en hacer propaganda en favor de la emigración. (Blen-gino 1990, 139)

El manual de 1913, dirigido a ese sujeto constructo, se desentiende del migrante de carne y hueso sobre quien pretende aplicar controles y disciplina y quien quedará, sin duda, atrapado en la telaraña sutil de dos realidades inciertas; la de su *paese*, que aún le es propio, pero abandonará, y aquella otra realidad difusa que comienza a bosquejarse y se va diseñando a medida que avanza la lectura del *Manual*. Un itinerario con la que construirá una historia nueva, sin duda con rasgos de aventura y no sin esperanza, pero que lo obligará a deconstruirse como sujeto y a reconstruirse como un 'otro'. Adquirir otro ropaje, una nueva máscara de sí con otro nombre -en muchos casos los nombres de los ya inmigrantes en la Argentina se inscribían adaptándose a la sonoridad de la lengua y fonética española sin respetar la fonética de origen-. Adaptarse con premura, sin equivocaciones ni rebeldías ni arrepentimientos era, sin duda, la clave, y el *Manual* se prestaba generoso a acompañar la metamorfosis.

La imagen que configura un párrafo del *Manual* sobre los últimos movimientos del migrante en su país da cuenta de las paradojas en las que se lo entrampaba. Ya sin posibilidades de retorno, el casi emigrante debe tener presente que:

En las horas previas al embarque no le aconsejo quedarse encerrado y *asustado* en el hotel. Pero le recomiendo no comportarse como un *viajante* (¿acaso no lo era?) arrastrando bolsos y *llamando la atención* de los *cavallieri d'industria* [sic] que abundan especialmente en las ciudades marítimas. Sea cauto, evite caer en los brazos de algún tramposo, pero no deje de dar una vuelta por la ciudad. Será un bello recuerdo de impresiones que llevará con usted en el momento de dejar la patria. *Vuelva* al hotel al caer la noche para descansar del viaje y prepararse para embarcar al día siguiente. (Armus 1983, 30; énfasis añadida)

El uso del modo verbal en imperativo es una constante en la redacción del texto. Nada queda librado al azar, ni se confía en el criterio del migrante. Tan es así, que el manual incluye una pequeña guía de los accidentes geográficos que acompañarán la travesía del navío.

No contempla la posibilidad de una mirada libre y genuina del paisaje. Y, además, se acumulan aclaraciones sobre las posibles enfermedades y avatares a bordo junto a un asfixiante listado de soluciones. Los más lacerantes, a mi entender, aunque se expresan con total indiferencia, son los que alertan sobre la falta de leche materna o sobre la higiene personal o sobre el ‘mal de mar’, entre muchos otros. Por lo que se refiere a la falta de leche: «He visto madres que por tener vergüenza de decir ‘no tengo leche suficiente para la criatura’ dejaban de alimentarla. Era un delito que cometían inconscientemente» (36); y sobre el mal de mar:

¿Sabe por qué hay tanto olor en los dormitorios? Porque la gente se lava poco, o casi no se lava o no respeta la decencia [...] (36)

El vómito provocado en tantos casos por el ‘mal de mar’ contribuye a corromper la atmósfera de los dormitorios [...] no vomite sobre la cama sino sobre un trapo o sobre el suelo; después pida al marinero que tire un poco de aserrín. Quien ensucie las sábanas y las frazadas tendrán que usarlas así hasta el fin del viaje [...] *Recuerdo* que le aconsejé bañarse bien antes de dejar el *paese*. *Ahora le digo*: cada tantos días y a la hora señalada, báñese, sobre todo si hace calor. Hay una ducha que da gusto usarla. (37; énfasis añadida)

Más allá de reconocer sin inmutarse que las sábanas no se cambiarían durante toda la travesía, aunque no estuvieran en condiciones dignas para dormir, la reiteración del consejo sobre la higiene invade sin escrúpulos la intimidad del migrante en situación de vulnerabilidad, despojándolo de todos sus hábitos personales. Ni siquiera en condiciones de pobreza y carencia alguien merece tal grado de humillación anticipada y pública.

Se atiende a su vez a las necesidades de comunicación del migrante ofreciéndole un escueto diccionario italiano-español; así como nociones sobre las leyes de residencia y de defensa social que alertan sobre las condenas a quienes no se adaptan a los estatutos y puedan ser tildados de «elementos socialmente turbulentos y peligrosos» (46) y ser expulsados del país.

La precisión informativa se va diluyendo cuando se bordea el tema trabajo y vivienda. Y si al comenzar las instrucciones del *Manual* el objetivo del autor era lograr que el emigrante pensara con la cabeza, cual maestro de escuela la voz narrativa en primera persona pretende confirmar su expectativa: «imagino que usted no habrá partido pensando con los pies» (37).

El barco llegará a puerto y entonces el inmigrante será un ser pensante que, según el autor del *Manual*, ha concretado su deseo:

Llegado a la Capital Federal de la República Argentina, usted dejará de ser ‘un emigrante de Italia’ para transformarse en un ‘inmigrante italiano en la Argentina’. Esto sucede porque *uno* así lo deseó [...] es decir si a bordo usted se hubiere inscripto en una lista preparada a esos efectos. Entonces gozará de las ventajas que la ley argentina ofrece. (45; énfasis añadida)

Cabría preguntarse desde una perspectiva de análisis del discurso, a quién refiere ese impersonal ‘uno’ que irrumpie en un texto en el que es constante el uso formal de la segunda persona del singular para dirigirse al migrante. Además, ‘las ventajas’ que el inmigrante ‘gozará’ será de tan sólo cinco días en el Hotel de Inmigrantes, claro está; sin camas ni colchones para garantizar limpieza: «Cada uno con sus mantas se puede construir un buen lecho. No será la primera vez que duerma en el piso» (44). Sí hay un reglamento que debe cumplir estrictamente el recién llegado –alerta el autor– y argumenta: «¿Acaso en un Gran Hotel, donde van los ricos, no hay que respetar un reglamento?» (44).

Hay que señalar que en sus siguientes capítulos el *Manual* proporciona datos de interés para conocer el país y saber dónde se puede encontrar trabajo con mayor facilidad. Recomienda instalarse en el interior, en distintas provincias e incluso aporta datos de la población, de la agricultura y ganadería y enumera las estancias de los grandes terratenientes en las que se necesita mano de obra para el trabajo de campo. Información sobre salarios, contratos verbales de trabajo, posibilidades de ahorro, etc. Desde una perspectiva extrañada por el paso del tiempo, comprobamos que los emigrantes-inmigrantes supieron desafiar con dignidad los augurios que el *Manual* les auspiciaba: «El desembarque será para usted tan fácil como el embarco en Italia. Todo consiste en bajar la escalerilla para llegar a la tierra» (45).

Porque me crié entre sus brazos tibios puedo afirmar que, para la mayoría de los inmigrantes en este país, la vida no fue simplemente bajar una escalerilla y llegar a tierra. Sabemos que lucharon para acceder a un nivel de vida digno, sabemos que resignaron su idioma para que sus hijos se integraran al país que los recibió. Sabemos que sus hijos y los hijos de sus hijos cumplieron con sus esperanzas. Sabemos que contribuyeron a formar ese crisol de tradiciones entrecruzadas que configura la sociedad argentina y que supieron resolver con su cabeza, con sus manos, con sus pies y con todo su cuerpo las paradojas que la vida, lejos de sus *paesi*, les tejió.

2.2 Desde la ficción

La literatura argentina ofrece un ejemplo nítido del proceso completo de las vicisitudes de una joven pareja de italianos que se ve intimada por su propia familia a emigrar. Se trata de la novela *Luz de las crueles provincias* de Héctor Tizón (Mancini 2021).

Héctor Tizón es un escritor argentino oriundo de Jujuy, provincia limítrofe con Bolivia y Chile al norte. Plena Puna argentina. El argumento de *Luz de las crueles provincias* –en trazos gruesos– se desarrolla a partir de la trayectoria de una joven pareja italiana que llega a Argentina. Él tiene estudios y está formado como técnico ingeniero, ella es analfabeta y sumisa y resignada. Su estadía en una la ciudad que podría ser la de Buenos Aires es breve y desalentadora. Él no encuentra trabajo y decepcionado por su situación que llega a extremos desesperantes, se vuelca al alcohol y maltrata a su mujer. Ella, a escondidas, vive de la conmiseración de sus vecinos inmigrantes de otros orígenes que se solidarizan. En cierto momento de la fatal estadía en la ciudad, surge al matrimonio la opción de viajar hacia el norte de Argentina; y si bien no hay datos precisos del espacio en el cual se desarrollará el resto de las acciones de la novela, por la descripción del paisaje, se puede distinguir la geografía imponente de la provincia de Jujuy. Así, entonces, la pareja se instala en una gran hacienda del altiplano cuyo dueño, un hombre mayor viudo, los recibe y al morir deja todos sus bienes al hijo de los jóvenes inmigrantes, huérfano de padre desde muy pequeño.

Tres situaciones expuestas en el relato nos acercan a posibles escenarios que los inmigrantes pudieron sortear en Argentina.

El comienzo de la novela presenta un diálogo con connotaciones dolorosas y expresa el mandato paterno a un joven inmediatamente después de su boda. La orden irrevocable es dejar Italia él y su joven esposa, *il paese*, la casa. La escena narrada en tercera persona se describe así:

Al día siguiente [de la boda], muy temprano, el padre lo mandó a llamar. Cuando él bajó de su cuarto lo vio [al padre] observando las cenizas del fogón. No hacía frío ni calor. Todos sabemos lo que es este pueblo –dijo el padre cuando sintió que Giovanni estaba de pie cerca suyo. No tenemos nada que comer. Nos consumimos. El no dijo nada. Esta casa no da para vos y estoy demasiado viejo para ser yo quien se vaya ... y no voy a morir pronto. Él quiso decir algo, intentó decir que iba a llamar a su mujer que estaba arriba. –No, dijo el padre, ella no dirá nada ni servirá que opine. Las mujeres opinan sólo cuando viejas, y demasiado...

Deben irse Giovanni, cuánto antes [...] esta tierra es tan pobre que ni siquiera Dios puede hacer algo con ella [...]. El vapor sale a fin de mes y el cura lo ha arreglado todo. (Tizón 1995, 15)

De la cita surge no solo la presión familiar sobre los hijos de europeos a emigrar sin planes, sin elección, sin saber cuándo o hacia dónde, sino que, además, el lugar mudo y opaco que ocupa la joven esposa a quien ni siquiera se la considera en las decisiones por las que estaría involucrada toda su vida. Sin embargo, en el transcurrir de la narración se demuestra que es ella, la joven mujer, quien logra plenitud vital en un entorno dominado por la intensidad del paisaje de la Puna argentina. Allí tiene su hijo, allí queda viuda joven y después de un buen tiempo se casa con el dueño de la hacienda quien le ofrece seguridad a ella y respaldo para el futuro de su hijo. Hay un párrafo en la novela que deja en claro la entrega de esta mujer a la tierra que la recibió y la contuvo desde casi su adolescencia hasta su muerte y su identificación con el paisaje:

La tierra salvaje, cálida y agreste y agobiante de ese país. Continuó avanzando hacia la ruda vastedad de los campos sin cultivar [...]. De pronto sintió, pero con el corazón transido por la desolación, que la última luz clara y desnuda se despertaba en ella, o también, que las sombras se abatían sobre ella envueltas en el sortilegio del tiempo. Y sintió por primera vez que era tal como lo había imaginado en su infancia y [...] que ella se encontraba ante todo y sin sorprenderse, como quien visita por primera vez la tierra de sus padres [...]. (97)

Y un poco más avanzada la novela se reitera:

- ¿Qué es lo que estás pensando? Preguntó él. -Nada. No pienso en nada. Me gustaría ya ser simplemente de aquí. Contestó la joven mujer. (102)

No descuida esta novela de Tizón la inestabilidad identitaria que pueden padecer los hijos de los inmigrantes. El hijo de la joven pareja, amparado por su tutor cumplió el sueño de los padres; ser un profesional universitario. Sin embargo, su vida deviene confusa, y en algún momento de profundo sentir, confiesa: «Hace mucho tiempo que no soy yo, que ni siquiera sé quién soy» (164).

2.3 Algunas reflexiones sobre el exilio

Les dijo a unos amigos que el extranjero lo mareaba como el vino. (Saer 1982, 85)

¿Por qué no siente la amargura del exilio? (Casiraghi 2008, parte 2, 55)

Juan José Saer es uno de los grandes escritores argentinos. Hijo de inmigrantes, nació en Argentina en la provincia de Santa Fe, en Serondino, en 1937, vivió en la capital santafesina desde 1949, en Colastiné norte desde 1968 –otra ciudad de la misma provincia– y viajó a París en 1968; residió allí hasta su muerte en 2005. Para Saer la biografía es la combinación de espacio y tiempo en el devenir vital del sujeto. En París, escribe la mayor parte de su obra en la que sus personajes constituyen un grupo de amigos, residentes en Santa Fe, menos uno de ellos que reside en París, como el autor, y desde allí se comunica por carta, por teléfono o los visita periódicamente; como hace también Saer. Más allá del proyecto de ficción que se presenta en sus primeros libros de cuentos, uno de los ejes de su configuración literaria es la incidencia del extranjero –ya sea como el sustantivo que señala un determinado espacio o como el sustantivo que determina al sujeto que se desplaza de un país a otro–. Uno de sus primeros textos breves que el autor incluye en un libro cuyo título es *Argumentos* –que se configuran según dos sentidos: un breve argumento y una mínima argumentación–, refiere a la condición de ser extranjero y de cómo el extranjero socaba la identidad. El texto es «En el extranjero» y de él citamos el siguiente fragmento: «De tanto viajar las huellas se entrecruzan, los rastros se sumergen o se aniquilan y si se vuelve alguna vez, no va que viene con uno, inasible, el extranjero, y se instala en la casa natal» (Saer 1982, 148).

Si en el argumento de «En el extranjero», el personaje de Pichón Garay desde el extranjero escribe a su amigo Tomatis –otro de sus personajes– sobre las vicisitudes de un extranjero en el extranjero, en el argumento «La dispersión» Saer, en una primera persona del singular, discurre sobre los alcances del exilio desde una perspectiva social y, a su vez, propone una postura acerca de lo que se ha dado en llamar el exilio interior. El exilio de los que no han dejado su terruño, pero que han abandonado sus relaciones sociales por causas diversas:

La gente de mi generación se dispersa, en exilio. Del ramo vivo de nuestra juventud no quedan más que dos o tres pétalos empalidecidos. La muerte, la política, el matrimonio, los viajes han ido separándonos con silencio, cárceles, posesiones, océanos. Años atrás, al comienzo, nos reuníamos en patios florecidos y charlá-

bamos hasta el amanecer. [...] De esa vida pasada no nos quedan hoy más que noticias o recuerdos. Pero todo eso no es nada si se compara con los que no se han separado. Entre ellos el exilio es más grande. Cada uno ha ido hundiéndose en su propio mar de lava endurecida. (Saer 1982, 149)

Desde otra perspectiva, Saer escribe sobre el exilio en dos ensayos que incluye en *El concepto de ficción*, ellos son «Exilio y literatura» y «Caminaba un poco encorvado». En el primero, subraya la condición de escritores exiliados que inauguraron la literatura argentina y que continuó con los escritores del siglo XX cuya obra fue escrita en el exilio por oponerse a las arbitrariedades del poder, esto implicaría que la praxis de la literatura es de por sí conflictiva desde una perspectiva política y social. Pero Saer sostiene, además, que aquellos escritores que permanecen en su país de origen construyen su propia lengua literaria, una lengua exiliada, dentro de su lengua natal para garantizar la distancia que la escritura ficcional necesita con respecto a su referente.

Una digresión: es intuitivo, quizás improcedente, pensar desde esta perspectiva teórica una analogía con los emigrantes, inmigrantes, en definitiva, exiliados que fueron nuestros antepasados y formaron parte del entramado social de este país. No puedo evitarlo, surge la imagen de cada uno de mis *nonni*; ¿cómo habrán resuelto su extranjería con relación al cruce de lenguas que cada uno traía consigo? ‘Mi patria es mi lengua’ confesaron varios escritores en situaciones límites de su existencia, entre ellos Fernando Pessoa, Elías Canetti, Juan Gelman. Los inmigrantes, cada hombre o mujer que cruzó el océano, trajo consigo su lengua, en general dialectos que sólo compartían con aquellos que provenían de su misma tierra, sus paisanos. También esto era inestable; incierto. Recuerdo a mi *nonna* de Lagundo, Bolzano, en reuniones familiares. Escucho sus voces cálidas en un castellano salticado; su marido, mi *nonno*, era de San Bonifacio, Verona. ¿Tendrían ellos una lengua privada? ¿Habrían construido una lengua dentro de su lengua natal? ¿Cuánto de ficción tendrían sus existencias? ¿Cuán lejos de sus referentes estaban sus relatos? ¿O simplemente sus vidas eran puro presente y un futuro que legaron a sus hijos, a sus nietos? Yo, entre miles. No recuerdo rostros de nostalgia, recuerdo sí canciones, y los reproches ante una manzana pelada para comerla sin cáscara.

En «Caminaba un poco encorvado», Saer se refiere explícitamente al exilio de Dante Alighieri. Y si bien focaliza la condición de este escritor en el exilio, señala que la incidencia de un escritor en el exilio no tiene por qué coincidir en los exiliados en general; aunque aclara que «lo genérico no debe ocultar lo individual» (1997, 79).

El exilio abona, según Saer, lo que es favorable para una obra literaria, por ejemplo, subraya «la relativización de la propia experien-

cia, individual o colectiva» (1997, 79). El narcisismo y el nacionalismo se deterioran. Sin embargo, habría otros factores que inciden en el exiliado y esos factores afectan a todos por igual; como el tiempo y la memoria, el paisaje, la muerte y la distancia y estos factores son los que e inscribirían en el propio cuerpo. Y así entonces, aunque Dante fuera soberbio y soportaba con suma altanería su destierro; según Boccaccio, cita Saer, «Tenía un rostro melancólico y pensativo» (Saer 1997, 81) y a cierta edad, aunque aún joven. «Caminaba un poco encorvado» (81).

En síntesis, las demografías de los países, concluye Saer, «los vastos desplazamientos humanos como consecuencia de terribles sucesos políticos han ido modificando demográficamente no pocas regiones del planeta» (Saer 1997, 79).

Si la política y sus variaciones y aristas perversas tales como persecuciones, guerras, pobreza, hambrunas son motivo de las migraciones en diversas épocas de la historia, es pertinente mencionar los exilios políticos derivados de la represión militar provocados por los gobiernos militares en Sudamérica durante la década de los setenta. México y distintos países europeos, como España, Alemania, Italia, Suecia entre otros, recibieron a numerosos perseguidos que huían de los países de origen para salvar sus vidas, pergeñando distintas estrategias en las que intervinieron organismos humanitarios. Muchos no lograron salvarse y murieron bajo torturas inimaginables.

Una carta recogida en una compilación titulada *Yo italiana*, escrita por Virginia Giussani, una argentina descendiente de italianos que buscó refugio en Italia durante la última dictadura militar argentina (1976-83), es ejemplo de los sentimientos cruzados con los que se enfrentaban. Ya recuperada la democracia, en 1983, decide regresar a Argentina y escribe unas líneas de agradecimiento al país que la cobijó al que se dirige con el epíteto de Señora Italia:

No era en esta condición de exiliada que hubiera deseado conocerla [...] Usted, señora, se transformó en un privilegio que no sentía de ninguna manera merecer [...] yo podía aún llorar sobre sábanas limpias, mientras que aquellos que amaba eran amontonados bajo tierra o sufrían atroces tormentos. [...] Solo usted y yo sabemos el duro comienzo de nuestra convivencia. Hoy para mí llegó la hora de regreso [...] pero en este nuevo desarraigo, y gracias a usted señora, hoy mi equipaje está lleno de ternuras y sobre todo lleno de fuerzas y alegrías para volver a empezar y construir, tal vez definitivamente, mi país verde, mi país libre. (Giussani 1983, 116)

Desde sus orígenes, dijimos, la literatura argentina está relacionada con el exilio, porque los primeros textos considerados como literatura fueron escritos en el exilio; me refiero a *Facundo* de Domingo F. Sarmiento y a *El matadero* de Esteban Echeverría.

Durante la época militar, los textos literarios abordaron desde distintas perspectivas el exilio y sus avatares. Una escritura en *mise en abyme* que, desde el exilio, tanto del exilio exterior como del exilio interior, se escribía sobre el exilio. Asimismo, tratando de burlar la censura que fue tan implacable como el régimen que la aplicaba, se ensayaron estrategias narrativas para denunciar en el presente de la escritura lo que estaba sucediendo en la población civil por el terrorismo de estado. Y si bien los escritores fueron proscritos y los textos fueron confiscados, estas obras ficcionales se convirtieron en testimonios válidos para conocer, una vez recuperada la libertad, la contracara de una 'historia oficial' mentirosa que se imponía como única realidad.

La novela de Ricardo Piglia, *Respiración artificial*, sea el caso, pone en escena un personaje profesor de historia, que nunca llegó a una cita en un bar. Evidente primer indicio en la ficción de la innumerable desaparición de personas en Argentina. En *El vuelo del Tigre*, de Daniel Moyano, la ficción da cuenta de un espacio invulnerable desde donde el poder controla sin eufemismos a una familia aterrada por la intrusión violenta que dominaría sus vidas. Harto elocuente, Moyano configura, en términos de Foucault, un panóptico vernáculo que, sinecdóticamente, alude a la situación política del país. El caso de *La vida entera* de Juan Martini es otro ejemplo; en la novela se diseñan espacios donde impera la corrupción y la violencias urcados por 'botas' que remiten metonímicamente a los militares. Los ejemplos de las alusiones políticas esbozadas y enmascaradas con recursos literarios que pretendieron sortear la censura se multiplican.

Es dable destacar el caso de la novela de Griselda Gambaro *Ganarse la muerte* no sólo porque el motivo que encara la escritora en esta obra es una puesta ficcionalizada de los distintas persecuciones y condenas sobre los ciudadanos, sino porque, además, escrita y editada en dominio de la dictadura militar, fue confiscada hasta su reedición en democracia en 2002 (Mancini 2019).

El quehacer como escritora y dramaturga de Gambaro se destaca pues sin perder su impronta literaria; es un ícono de la resistencia a través de las denuncias a violaciones, represión y desaparición que ejercía el poder de facto de las sucesivas dictaduras argentinas. Sus obras de teatro son un ejemplo de intervención del arte en la denuncia al ejercicio de la violencia. Gambaro participó en Teatro abierto, un evento cultural que tuvo lugar en 1981, desafiando las restricciones y prohibiciones del gobierno de la Junta Militar que, aunque debilitado, todavía ejercía su autoritarismo implacable. Inicialmente, el teatro en el que se exhibían las obras teatrales censuradas fue el Picadero, cercano a una calle céntrica de Buenos Aires, la calle Corrientes, famosa por sus librerías y sus teatros. Ese teatro fue incendiado en un intento de aplicar una condena desbaratar las puestas del ciclo, pero la muestra teatral continuó, desafiante, en otro tea-

tro cercano, el Tabaris, éste ubicado, sí, en plena calle Corrientes.

Griselda Gambaro, descendiente de italianos, ha alternado géneros y propuestas, ha escrito literatura infantil, cuentos: una serie de relatos en los que ahonda sobre las vicisitudes del género humano y novelas, una de ellas con rastros autobiográficos, que da cuenta de crudas experiencias de la inmigración italiana en Argentina.

La novela citada, *Ganarse la muerte*, permite reflexionar sobre la violencia y su correlato en el arte, la censura. Esta novela fue publicada en Ediciones de la Flor. Editorial había sido fundada por Daniel Divinsky en 1966, año en el que sucedió el golpe militar de Juan Carlos Onganía (1966-70), y fue famosa por los títulos de su catálogo. Arriesgaba. Provocaba con su elección. Editó a Rodolfo Walsh, Julio Cortázar, David Viñas y también a la famosa Mafalda, personaje impar de Quino (Joaquín Salvador Lavado Tezón). La editorial publicó la novela de Gambaro en julio de 1976, año en el que comienza -en marzo- la dictadura compuesta por la ya mencionada junta militar con representantes de cada una de las tres fuerzas armadas. La novela fue prohibida en 1977, después de un informe realizado por el Servicio de inteligencia del estado (SIDE) que dio lugar a un decreto de la Junta Militar de gobierno que determinó 'secuestrar' inmediatamente los ejemplares que estaban a la venta. La Editorial de la Flor fue clausurada por un mes por reincidir en ese tipo de publicaciones. El término 'secuestro' es literal y sabemos -la historia lo demuestra- que el destino de los libros es análogo y precede al de las personas en épocas de terrorismo de estado.

El informe del servicio de inteligencia es preciso y minucioso. Reconoce la calidad literaria de la obra y la profesionalización de la autora como escritora y también su intención: «La obra en sí, tiene un muy buen nivel literario y se encuentra correctamente balanceado lo metafórico de lo real, de lo que se deduce que la autora es una 'escritora' en el sentido técnico de la palabra» (*Xul* 1995, s.p.). Y en sucesivos párrafos y en forma reiterada la obra es calificada como: «inmoralmente subversiva», «destruccionista de valores», «de valores de la sociedad», «del ser nacional», «de la condición humana», «de la familia», «de las instituciones armadas» y «del principio de autoridad» y concluye: «Dado que el exponer las lacras humanas exclusivamente, y sin proponer elementos compensadores, no ubica a la obra en lo que podría haber sido -pero no lo fue- un trabajo de crítica social constructiva» (*Xul* 1995, s.p.).

Este informe fue publicado por primera vez en la revista *Xul* núm. 11 en 1995 con el título «El poder de la crítica: lectura de *Ganarse la muerte* de Griselda Gambaro (S.I.D.E 1995)». Este título revierte, o por lo menos, otorga un rasgo de ambigüedad al lugar desde donde se ejerce el poder. Si uno de los personajes nefastos de la novela de Gambaro declara que «Si la violencia está siempre en algún lado, es mejor que esté de nuestra parte» (Gambaro [1976] 2016, 47), el título

lo de la publicación de ese informe en la revista *Xul* intenta dar cuenta que también el poder se podría ejercer sin violencia. Es decir, 'con la pluma y la palabra', cita extraída del himno que rinde homenaje a Domingo F. Sarmiento, uno de los grandes políticos y escritores argentinos. En 2002, la novela se reeditó con un apéndice que contenía dicho informe del servicio de inteligencia y la resolución gubernamental que había condenado la novela en los años de censura implacable. En 2016, *Ganarse la muerte* se vuelve a editar junto al mismo apéndice. El título de esta novela de Gambaro surge de un escrito en bastardilla que a modo de epígrafe contiene frases que aleccionan sobre la interrupción de la vida de miles de jóvenes muertos por el terrorismo de estado. «*Nadie debería matar la paciente espera de la muerte. La muerte hay que ganarla viviendo. Y nadie debería interrumpir su lento trayecto hacia la muerte*» (Gambaro [1976] 2016, epígrafe de la novela, bastardilla en el original s.p.).

Ganarse la muerte forma parte de la colección de libros del Tesoro de la Biblioteca Nacional Argentina.

Más allá de los vaivenes políticos que provocaron el exilio hacia Europa, hacia los países de nuestros antepasados, un retorno al origen de los ciudadanos argentinos, la literatura aborda las cicatrices que provoca dejar la patria por obligación, para escapar de la muerte; siguiendo el sentido del epígrafe de Gambaro: para ganarse la muerte viviendo. Daniel Moyano describe en una extensa serie de relatos que componen una novela de ficción biográfica, *El libro de navíos y borrascas*, las peripecias del viaje hacia Europa en un buque cargado de todos aquellos presos políticos de Argentina y Uruguay que habían conseguido algún salvoconducto para dejar países agónicos:

El juego consiste ahora en mover este barco real llamado Cristóforo Colombo, a punto de zarpar del puerto de Buenos Aires, con setecientos no deseables a bordo, sobrevivientes de un naufragio por eso que llaman Historia, la aburrida suma de los acontecimientos menudos de todos los días, entre los que la gente vive y muere sin saberlo. (Moyano 1983, 11)

Héctor Tizón escribió en *La casa y el viento* el dolor de dejar el terruño:

No quise seguir viviendo entre violentos y asesinos; en la sombra de aquellos árboles abandoné la memoria de mis muertos. Un soplo desvaneció mi casa, pero ahora sé que aquella casa todavía está aquí, erigida en mi corazón. (Tizón 1984, 139)

Tampoco deja de lado la literatura las controversias de los exiliados en los países que les brindaron la posibilidad de radicarse en ellos. Es el caso representado en la novela *El joven soldado*, que Tizón escribe en España durante su exilio y publica muchos años después en

plena democracia. Una novela relegada, quizá no tan exquisita como el resto de las obras del autor, pero valiosa porque plantea una paradoja ética. Sus dos personajes se enfrentan en un duelo de palabras, ideas y posiciones políticas contrapuestas sugiriéndose que finalmente los extremos se parecen y como en todo duelo el que vence graba en su cuerpo la impronta de su adversario.

La Historia jugó sus cartas, devolvió por un tiempo a los descendientes de los inmigrantes perseguidos a la tierra de sus antepasados. Muchos detuvieron su destino allá otros ya habían echado sus raíces acá y regresaron con el entusiasmo de formar parte de una democracia en ciernes. Sí, es seguro, que pensar hoy en el exilio, en cualquiera de sus aristas a través de los escritores que dejaron en su obra experiencias propias y ajenas, nos acerca aún más a aquellos pioneros inmigrantes en esta tierra joven sufrida que les debe volver a alcanzar los momentos de gloria que ellos junto a otros pueblos supieron forjar.

2.4 Desde la poesía

El régimen ordenó degollarlo, legal y dignamente, | por escribir versos inarmónicos y atentar| contra nuestro modo cristiano de vida. || Hoy profesores rigurosos demuelen sus palabras, | descuartizan sus textos, diseccionan sus sílabas, | para demostrar la armonía de sus versos | y su modo cristiano de vida. || Vuelven a asesinarlo. || Esta vez, ilegal e indignamente.

«Cosas en su lugar» de Juan Octavio Prenz (2022, 23)

Se emigra para volver (o no) y contar | la historia || Durante veinte años el hombre en soledad | envía a sus padres retratos de su mujer | y su hijo inexistentes. || Ahora solo quiere estar seguro | de que sus padres han muerto ya. || Para que la historia quede intacta.

«Éxodos» de Juan Octavio Prenz (2022, 27)